

# Esa poesía simple

y noble de

## MAYRA JIMENEZ

### ISAAC FELIPE AZOFEIFA

Durante todos los siglos clásicos la poesía fue la ni a mimada de la literatura. La prosa no era considerada como creación. Era una segundona para el ocio de persuadir —la oratoria— o de contar acciones y manías de los grandes del mundo, —la historia—, o para entretener ocios de damas hidalgas con narraciones fantásticas o picantes o sentimentales. Las cosas de Dios se decían en latín. A fines del siglo XIX ya va alcanzando la prosa a ser concebida como vehículo apto para la creación estética, desinteresada de funciones prácticas, docentes, extraliterarias. En nuestro siglo los límites entre prosa y poesía empiezan a oscurecerse: todo es poesía, —poiesis— creación, sea que el poeta emplee para expresarse el bloque gráfico cuadrangular de la prosa o el corte, ya regular, ya irregular, de los renglones, para que cobren voz y valor las cesuras, las pausas y los espacios blancos de la página.

De esta lenta identificación de prosa con poesía salen ganando ambas, y aunque todavía hablamos de las dos como territorios distintos y separados, la ver es que en la novela y teatro actuales navegamos en un lenguaje de poesía, y en la poesía lírica de hoy la forma de lenguaje van cada vez pareciéndose más a la prosa que a lo que la tradición entendió como lenguaje de la poesía. Es posible que el último intento de la poesía por defender su territorio haya sido la gran batalla de la poesía pura, esa en que la metáfora convierte el poema en un álgebra de la expresión; esa en que la palabra rompe con la sintaxis y convierte el poema en un conjuro mágico. Ahí está la historia de todos los **ismos** de la primera parte de nuestro siglo. Poco a poco, conforme se hace claro que el destino de este siglo es la universalización del hombre, o sea, la ascensión de todos los hombres al goce pleno de su humanidad, la poesía adquiere una hermosa sencillez, busca la simplicidad de medios expresivos, quiere emplear los giros más comunes del hablante, y los llena de cierta intacta frescura. Una gran parte de la poesía de nuestro tiempo rehuye la excesiva metáfora, el enigma verbal, la palabra rica, rara, exclusiva; y junto con esto, busca un tono dialogal, generalmente tranquilo, sin exaltación, ajeno a las exclamaciones, a la interjección, quiere lograr abrir camino a la emoción por el estremecimiento humano que la frase misma irasmite, por el fervor íntimo, soterrado, del pensamiento que se revela. Lo poético parece buscarse en la verdad cordial y afectiva con que un ser humano habla a otro, no en lo que un poeta, un iluminado, un profeta vestido de grandes, sonoras y bellas palabras, entre relampagueantes metáforas y admoniciones sibilinas, se afana por comunicar a

otros poetas, no a otros hombres. El poeta de hoy quiere dejar de ser el príncipe del verbo, bajar del pedestal en que lo puso el modernismo o salir de la oscura gruta del surrealismo, para hablar con la misma voz, con las mismas palabras de los demás hombres, al corazón de todos. Con esto, la poesía alcanza una entonación de cosa dicha, conversada, de comunicación entrañable.

Muchos poemas venimos leyendo en los últimos años, compuestos en este estilo que parece ir ganando al escritor lírico de hoy. En efecto, recientemente ha hecho circular en Costa Rica su último libro nuestra poetisa Mayra Jiménez, editado por la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, Caracas. El libro se titula así: **El libro de Volumnia**, que le da un cierto aire latino. Son poemas compuestos entre 1965 y 1967, 46 poemas (menos dos, que no parecen tener nada que hacer ahí), crean una imagen de amor, abandono y soledad que transcurre en el tiempo inmutable de la poesía: a lo largo de años, estaciones, lunas, soles, noches y días, amaneceres y tardes, en un mundo que se mueve entre campo y ciudad. El amado es alguien que está ausente, lejos, o ama desde la sombra, pero se hace real en todas partes: en el parque, en el lecho, en la espera; siempre callado y lejano: poeta al fin. La mujer, con sabiduría intuitiva, sabe desde el principio que el amor dura lo que dura la primavera, pero, enamorada, ama con temor y esperanza.

La forma de estos poemas nos ha recordado vivamente el corte sincopado de las **Odas elementales** de Neruda, claro que sin seguir en ningún momento su estilo metafórico ni su lenguaje sensorial, todo lo contrario, buscando el tono de quien no tuvo en las manos otra cosa que la realidad compartida de un mismo sueño. Cuando muchos poetas de la más reciente generación proclaman la muerte del poema lírico amoroso, —fanáticos ciegos de la tecnología y la revolución social—, se producen libros como este, de sabor tan nuevo y tan logrado. El amor sigue siendo evidentemente el gran tema de la lírica, ahora enriquecido por la visión fresca, auténtica, que nos dan las poetisas jóvenes, liberadas ya de los tabús tradicionales que enmudecían el alma profunda de la mujer. Así era de insoportable ese falsete sentimental de la poesía femenina que decía con voz de ángel púdico solemnes beaterías de alcoba, cursis, esperrables. **El libro de Volumnia** tiene del primero al último renglón poesía lírica sin titubeos, segura de sí, madura, en lenguaje tan noble, tan sencillo, tan claro, que a veces, mientras leíamos, hemos sentido el aír de los cármes latinos.

Hay en ti cosas determinantes;  
empiezo por nombrar  
el labrantío de tus ojos  
el movimiento salado  
de tu boca en la noche  
y cómo acompañas gestos  
con una palabra suelta.  
Vas de aquí para allá  
sin saber que yo te observo  
pronuncias cosas como para ti  
sin sospechar que te escucho  
y de pronto  
colgando de mi cuello  
miras y te unes  
de un modo tan profundo  
como si fueses  
un ave al lado de su compañera  
tanto tiempo ausente  
o estuvieras  
junto a un río  
después de muchas semanas  
quieto.

Pienso que lo que hay  
entre tú y yo  
es como un sueño que vivimos  
yo por aparte  
tú por aparte  
y esto se debe  
al poco tiempo que podemos  
llegar a estar juntos  
porque las noches en primavera  
son cortas  
y se hace corto el amor.  
Tiembo por esto cuando se acerca  
el olor de la estación  
y las tardes me parecen inacabables  
esperando la noche  
que ha sido siempre  
el refugio de todos los enamorados  
pero que para nosotros  
tiene una importancia insospechada  
por todos los amantes  
y los amados.  
Por lo que te digo es por lo que  
amo al invierno  
aunque el frío me haga doler  
y aunque tiemble mi corazón  
que no es más que un pájaro escuchado.

Tú tienes una voz  
tan lenta y tan cansada  
como si fuera un sol  
puesto a mojar.  
Tú envías esa voz  
hacia mí  
con quejas  
y sin saber  
lo que yo pienso  
los recuerdos dolorosos  
que mi corazón imagina  
cuando te oye  
en medio de la oscuridad  
como un barco sonando  
lejos  
o antes del amanecer.  
Tu voz en mí  
es como otra voz  
como un pájaro que canta  
y vuelve  
porque otro pájaro  
sigue llamando  
interminablemente  
a todas horas  
sin importarle el tiempo  
de invierno o primavera,  
a cualquier hora  
del día  
o quizá no del alba  
pero que avisa.

Un rostro y un corazón  
en estos tiempos  
de águila desnuda  
como en pleno campo  
de tormenta  
oscurecida;  
en estos tiempos  
cuando la tristeza  
de un avecilla  
no importa  
porque ya a nadie  
le interesan  
las varias figuras  
que la muerte muestra.  
Todos dirán que  
vivimos tranquilos  
como el sol  
todos dirán que este  
banquete  
es eterno,  
como un enamorado  
del amor  
y en primavera;  
pero dentro de poco  
cada uno vendrá  
con su pedazo de pan  
y lo pondrá en esta mesa  
como una flor  
que nunca se marchita  
y beberemos  
piedras y primavera  
nuevas.

Tú me preguntas  
por tantas cosas tristes  
mientras afuera cuelga  
el canto abierto de los pájaros  
bajo esta lluvia  
que tan fuerte  
tan dura  
tan despiadada  
para todo amor  
se deja caer  
como una flor  
cansada  
y me preguntas  
por el caballo  
y por la luna  
y por la tibieza de ayer  
cuando jugábamos unidos  
a pleno sol;  
pienso  
que por qué  
has de recordar  
todas las cosas ya pasadas  
en un invierno como éste  
triste para ti  
amado  
que tan cerca te siento  
de todo aquello  
que tú y yo  
hemos vivido  
pero que ahora  
ya no podemos.

Se hacen pocas  
las noches  
que podemos llegar  
a estar juntos los dos;  
nos amamos  
pero la oscuridad  
nos convierte como  
en extraños  
que se miran  
intensamente  
y sin más tiempo  
que para ello  
confundidos acerca  
de ti  
y de mí  
o temerosos  
por saber con quién  
estamos.  
Tú y yo nos amamos  
a pesar de esa sensación  
que digo  
y porque sabemos  
que el brillo  
y el olor de ti  
y mío  
nos acercan  
y la grande sombra  
de la noche  
no nos permite  
equivocarnos.